

FELJOO Y LAS MEMORIAS DE TREVoux

Por Carmelo SAENZ DE SANTA MARIA

Dos son los personajes -por decirlo así- que aparecen en mi ponencia: el padre fray Benito Gerónimo Feijoo y Montenegro, quien no requiere en este momento presentación, ni menos de mi parte; y un segundo personaje, personaje colectivo, cuyas relaciones con Feijoo quisiera explicar.

No creo tampoco que todo lo que voy a decir sea novedad para muchos de los estudiosos de Feijoo, que en este momento se encuentran aquí reunidos; pero considero importante presentarlo en breves trazos para situar el tema en su verdadera dimensión.

Las Memorias de Trévoux, llamadas también *Journal de Trévoux*, habían sido bautizadas con el título completo de *Mémoires pour l'histoire des sciences et des beaux arts Recueillis par l'ordre de son Altesse Sérénissime Monseigneur le Prince Souverain de Dombes*. El príncipe soberano de Dombes era hijo natural de Luis XIV y de madame de Montespan y había recibido de su padre la zona de Dombes, con rango de soberanía bajo la suprema autoridad del monarca francés. Situada en las cercanías de la ciudad de Lyon (la capital del mini-estado) Trévoux; no representaba demasiado en el conjunto de la monarquía; el recién estrenado príncipe soberano, más conocido por su título de duque de Maine, decidió convertirla en una especie de centro cultural. Abrió una imprenta y puso en marcha dos planes paralelos: la edición del *Dictionnaire universel françois et latin*, a cuya primera edición de 1704 siguieron cinco ediciones sucesivas, que lo fueron enriqueciendo considerablemente llevando a todas partes el nombre abreviado con que se le conocía, de Diccionario de Trévoux; y la publicación de una revista -que llamaríamos bibliográfica- y que se distinguiría de su predecesor -y posible modelo- le *Journal des Savants* en su orientación confesional.

El duque de Maine contó para ambas empresas con colaboradores jesuitas, pero si para el Diccionario las colaboraciones de éstos fueron esporádicas, para las Memorias lo fue el cuerpo de redacción entero, que se constituyó en el gran colegio de París conocido con el nombre de Louis-le-Grand.

Tocó a un general español, el padre Tirso González, la aprobación superior de aquella empresa, que en su planteamiento original habría comprometido a toda la Compañía de Jesús. Precisamente en ese compromiso oficial veían los padres jesuitas alemanes -cuya respuesta se ha conservado- un grave inconveniente, que la práctica confirmaría, aunque de hecho no llegó a envolver en sus consecuencias más que al cuerpo de redactores y -por extensión- a los jesuitas franceses.

Las Memorias -que serían primero bimestrales y después mensuales- comenzaron a aparecer en 1701 y se mantuvieron fieles a la cita con sus lectores hasta 1762, apareciendo su último número correspondiente al mes de mayo, un mes después de la clausura (primero de abril) del colegio Louis-Le-Grand como consecuencia de la supresión en Francia de la Compañía de Jesús.

El patrocinio del duque de Maine se interrumpió en 1731, las Memorias dejaron de editarse en Trévoux y pasaron a Lyon y más tarde a París (1734), habiendo recobrado entretanto el patrocinio del duque que fue mantenido por su hijo y sucesor hasta la supresión de la revista.

La permanencia durante treinta años en Trévoux supuso graves inconvenientes que se manifestaban en retrasos (pasaban hasta cuatro meses entre el trabajo de la redacción y la aparición al público) y en una apreciable disminución en el número de suscriptores que había llegado a cifras muy satisfactorias en la primera decena del siglo. El traslado a París se tradujo en un período de prosperidad que llegó con ligeras alternativas hasta la misma fecha de la supresión en Francia de la Orden; el duque de Maine mantuvo su protección económica hasta 1766 en la espera de que alguno de los antiguos redactores quisiera hacerse cargo de la continuación de las Memorias. A pesar de varios intentos, la revista desapareció finalmente en 1782, sin que durante esta veintena de años pasara de fugaces apariciones bajo diversos nombres.

Hemos dicho que las Memorias eran fundamentalmente una revista bibliográfica, en la que se intercalaban -de vez en cuando- artículos originales sobre distintos temas. Los redactores procuraban mantenerse neutrales, sin adoptar posturas definidas fuera del campo dogmático católico. Esta neutralidad les llevó a presentar —como reseñas propias— las que cada autor hacía de su obra; ya que —argüían— nadie mejor que el autor conoce la interioridad de sus producciones.

Es muy probable que tan peregrina decisión fuera sugerida por temor al compromiso que señalaban los padres alemanes; ya que ni entonces ni ahora suelen llevar en paciencia los autores las reseñas que no sean puras y simples alabanzas. La desaparición de los papeles de los jesuitas franceses del siglo XVIII hace imposible determinar el verdadero sentido de la repentina mudanza que pasa de los autores a los redactores, la confección de las respectivas reseñas bibliográficas. La costumbre se mantuvo desde 1712 hasta 1731; en este año -crítico para la revista- señalado por la momentánea retirada del duque de Maine y más todavía por la mayúscula equivocación en que incurrieron los redactores al rechazar la genuinidad de la obra de Bossuet, titulada *Elevations sur les mystères*, que les obligó a una retractación colectiva que hubo de ser llevada a cabo por los superiores de las tres casas jesuíticas de París, que hubieron de comprometerse a vigilar más de cerca la publicación de las Memorias; en este año doloroso y crucial volvieron sobre su política y adoptaron una actitud media de partir las reseñas bibliográficas entre las enviadas por los propios autores y las elaboradas por el cuerpo de redacción.

Había sido idea del duque de Maine que la revista tuviera amplio eco internacional; la internacionalidad de los jesuitas favorecía este intento, pero no pudo evitarse el carácter predominantemente francés, y el bajo porcentaje de temas o libros españoles entre los extranjeros; y eso que la instauración de la dinastía borbónica en España había producido cierta alza de interés por lo hispánico en Francia.

II FEIJOO Y LAS MEMORIAS, LAS MEMORIAS Y FEIJOO

Se trata de una doble relación que voy a considerar en este momento.

A cualquiera que lea las obras de Feijoo le llama la atención la frecuencia de las citas que intercala nuestro maestro benedictino, tanto del Diccionario como de las Memorias de Trévoux; esta frecuencia no pasó desapercibida a los lectores de entonces, y surgió naturalmente la especie de que el *Teatro* era simple transcripción de las *Memorias*.

Era fácil la refutación de aserto tan peregrino; Feijoo cree dejar clara su postura con dos argumentos: el primero es concesivo: efectivamente tiene en su poder cien tomos de las *Memorias* que llegan «hasta el año 25 inclusive». Es cierto -continúa- «que me han servido, como todos los demás de mi librería y muchos de las ajenas, para enriquecer la memoria de especies, de las cuales vierto las que hallo oportunas en el discurso de mi *Obra...*» (TCU, IV, pp. XXIV, XXV). Sobre esta concesión establece su segundo argumento: «Una cosa es aprovecharse de libros y otra copiarlos...» Argumento que se robustece con una especie de desafío: «Lector mío -dice- si estás en Madrid, y entiendes el francés, ruégote que busques las

Memorias de Trévoux y el *Journal des Sçavans*, — agrega — que no pueden faltar en la Biblioteca Real, y en otras; que unos y otros libros vuelvas y revuelvas, y cuando halles ni un párrafo solo, ni aun cuatro líneas, que sean traslado o traducción de ellos, o en este tomo, o en alguno de los antecedentes quiero que todos tres los des al fuego, y me obligo a restituírte el dinero que te han costado» (l.c.)

Feijoo establece aquí -como en las composiciones musicales- un mínimo de cuatro líneas como tope de lo que pudiera llamarse copia o plagio; es fácil que menos de cuatro líneas pudieran localizarse en los pasajes en que cita nominalmente las *Memorias*; y que son según mis cuentas cinco en el tomo primero, dos en el segundo, uno en el tercero, cinco en el cuarto, dos en el sexto, seis en el séptimo, y cuatro en el octavo; correspondiendo siete a los volúmenes de las cartas.

Feijoo acepta casi siempre las opiniones de los redactores de las *Memorias*, cuya filiación religiosa jesuítica explica y comenta en su primer tomo, sabe que son jesuitas y como tales los acepta; extendiendo su actitud receptiva a otros escritos de jesuitas franceses: a los que alaba en bloque en su discurso sobre la Física (TCU, VII, discurso 13) en el que se hace eco del reciente fallecimiento en España del jesuita Losada a quien encomia sin reservas. Con pareja admiración comenta los datos transmitidos por misioneros jesuitas o en sus célebres *Cartas edificantes y curiosas*, o en historias específicas de países de misión.

Respecto al Diccionario de Trévoux, que cita al alimón con las *Memorias*, me inclino a pensar que lo creyó de la misma fuente jesuítica ya que llevaba el mismo título geográfico de Trévoux.

He dicho que Feijoo acepta casi siempre las opiniones de los redactores de las *Memorias*; no voy a hacer una crítica detallada de la filiación de cada una de las opiniones de Feijoo en relación con su supuesta fuente, pero es interesante señalar en el primer tomo del *Teatro* y en su discurso doce: *Senectud del mundo*, dos interesantes rectificaciones. La primera se refiere a Beccano, médico -se nos dice- de Carlos V, sobre el que transcribe un dato aducido por las *Memorias*, pero -apunta Feijoo- con el siglo equivocado; más curiosa es la segunda rectificación: habla del conocido poeta jesuita francés Vanière, autor del *Praedium rusticum*; Feijoo recoge los versos siguientes

Atqui non sidera coeli
mutavere vices;
neque post tot saecula mater...

versos que las *Memorias* -nos dice- atribuyen a Columela, cuando son originales del jesuita Vanière. Rectificación atrevida por hacerse en el propio campo de la producción jesuítica francesa.

Las Memorias y Feijoo

Las *Memorias* señalan la aparición del *Teatro Crítico* con cierto escepticismo; lo consideran algo así como su pariente pobre, y profetizan para él críticas al estilo de las que en Francia se encrespaban de vez en cuando contra las mismas *Memorias*.

Esta primera mención se encuentra en el número correspondiente a noviembre de 1728; y es recogida y comentada por Feijoo en su volumen IV que aparece en 1730. Feijoo se siente agradecido por esa especie de protección fraterna; y así concluye esta especie de primer diálogo que se ha desarrollado en cuatro años: 1726 aparición del primer volumen del *Teatro Crítico*; 1728, comentario levisimo de las *Memorias*; 1730 agradecimiento de Feijoo.

La segunda mención aparece a primera vista insidiosa: las *Memorias* reproducen una carta de un informante anónimo que les escribe desde Zaragoza. El informante da por supuesto que el *Teatro* es copia de las *Memorias*; y comenta que las controversias levantadas en España en torno a las opiniones de Feijoo ya habían sido previstas por las *Memorias* en su primera alusión de 1728.

Feijoo -y más tarde Sarmiento- dejan bien claro que una cosa es aparecer impreso en las *Memorias* y otra representar las opiniones de sus redactores. Sin embargo no creo que la inserción de la carta anónima en las *Memorias* dejara sin responsabilidad literaria a los redactores de Louis le Grand, ya que la carta de Zaragoza es fancamente insidiosa. «Ce que vous avies prévu, lorsque vous annonçates dans vos sçavans Mémoires de Trévoux, l'Ouvrage du P. Feizoo benedictin, s'este vérifié avec éclat: puisque de toutes les contrées d'Espagne, les écrits fondent sur ceux de ce religieux qui avoit tiré de vos Mémoires ce qu'il a employé de meilleur pour le fond de son ouvrage...»

La carta que trataba de rectificar un dato cronológico sobre la transmutación del hierro en cobre, que había aparecido en las *Memorias*; pero aprovecha la ocasión para atribuir a las *Memorias* la afirmación de que «lo mejor, lo que constituye el fondo de la obra de Feijoo ha sido copiado de las memorias». Los redactores de Trévoux habían entrado en la gran controversia de la autenticidad de las *Elevations* de Bossuet, que ya hemos mencionado, y pasaban por un período de crisis interna que se tradujo al año siguiente de 1731 en la ruptura temporal de la protección del duque de Maine y llegó a su cumbre con la pastoral del obispo de Troyes -sobrino de Bossuet- cuyo título es toda una declaración de principios: *Instruction pastorale au sujet des calomnies avancées dans le Journal de Trévoux* (París 1733); no estaban en lo mejor de su habitual discreción, y aceptaron en sus páginas una afirmación claramente injuriosa de Feijoo y que al tocarles de lleno aparecía como opinión colectiva del periódico.

Como era de esperar los numerosos antifeijooístas alzaron la frase mencionada como su bandera de combate en su intento de desacreditar al benedictino; hemos de notar que Feijoo -por su parte- adoptó una postura ecuaníme sin darse por ofendido por la imprudencia de los redactores de Trévoux, ni comentar -como lo hubiera podido hacer- las quiebras producidas en la fama literaria de las *Memorias* por imprudencias como la que le atañía.

Vueltas las cosas a su normalidad e instaladas las *Memorias* en su sede de París, llega el momento de lo que pudiera considerarse reparación literaria. La ocasión fue la presentación -por entregas- de algunos discursos tomados del *Teatro Crítico* traducidos al francés por D'Hermilly: ya conocido por el público literario por su traducción de la *Historia de España* de Juan Ferreras.

¿Una reparación?

El amplio espacio que en esta ocasión (1743) conceden las *Memorias* a la obra traducida de Feijoo, pudiera representar un tipo de reparación a su anterior actitud respecto al maestro benedictino. No sabríamos a quien atribuirlo: J.P. Grausem, autor del artículo Trévoux, en el Diccionario de Teología de Vacant, desconoce quien fue director de las *Memorias* desde 1737 en que deja su puesto el padre Rouille hasta 1745 en que asume la dirección el padre Berthier. Precisamente en ese lapso de tiempo aparecen los artículos sobre Feijoo que tratan de rendirle adecuada consideración. Es una posibilidad que los mencionados artículos se debieran al gran hispanista Francisco Xavier Charlevoix tan conocido en la historiografía hispánica por su *Historia del Paraguay*; era redactor ciertamente en esa época, pero carecemos de datos documentales para atribuirle los artículos que vamos a recorrer brevemente.

Los comentarios se inician en febrero de 1743 y concluyen en noviembre del mismo año, se hallan en las páginas 254, 478, 640, 648, 842, 860, 869, 1055 y 1064.

Todos siguen la misma pauta: se analiza el contenido, se pregunta por su utilidad y oportunidad; y se distribuyen alabanzas entre el autor y el traductor. Como era de suponer consideran los redactores que algunos temas de los discursos de Feijoo -todos correspondientes al primer volumen- habían perdido algo de actualidad; tengamos en cuenta que habían sido redactados casi veinte años antes, y que el ambiente español representaba en aquellos años un cierto retraso frente al contemporáneo francés.

No se deja de comentar que Feijoo es demasiado serio para el lector medio francés, y que no le hubiera venido mal alguna nota de humor.

El patriotismo francés no se satisface con las medidas afirmaciones de Feijoo en el tema que se enuncia como *paralelo de las lenguas castellana y francesa*; y en el que no falta la nota de humor feijoniana, al enumerar entre las ventajas del francés: la posibilidad de leer las Memorias de Trévoux... Nota que no he visto recogida en el comentario de las propias *Memorias*. El redactor en cambio no acepta que el castellano pase delante del francés en ningún respecto. El francés no es afeminado -dice- ni carece de vocabulario en ningún aspecto de la vida... en cambio traten de explicar en castellano una partida de caza... (marzo 1743, pp.487-490). Ni ha hecho -concluye triunfante- tantas conquistas territoriales como el francés!

El elogio de las mujeres que apareció como discurso XVI en el mismo tomo primero del Teatro, fue objeto de publicación aparte; y merece un comentario individualizado de las *Memorias*, en el número de noviembre de este mismo año.

La alabanza es aquí más plena e incondicional: «personne avant le P. Feijoo ne l'a fait avec plus de sagesse et avec moins de partialité... Ce n'est point un panégyriste... mais un philosophe, un historien, un critique, un religieux, un espagnol qui veut detromper les hommes de l'idée de supériorité qu'ils affectent sur les femmes!» (pp. 2770-2771).

Con esta cerrada y sincera alabanza se cierra el año 1743 que pudiera llamarse año de Feijoo en las *Memorias de Trévoux*, pero nos queda la última alusión de las memorias a nuestro maestro que vuelve un tanto a la actitud tan francesa de comentar de arriba abajo todo lo que surja al sur de los Pirineos.

Ultima toma de posición de las Memorias

Fue un joven jesuita, el padre Javier Joaquín de Aguirre, profesor de lenguas clásicas en una casa de formación jesuítica, quien proporciona la ocasión. Feijoo se había dejado decir que el poeta español Lucano superaba al «príncipe de los poetas latinos» Virgilio. Aguirre toma la pluma y escribe y publica una apasionada defensa de Virgilio «contra las pretensiones de Lucano -prosigue el título del libro- apoyadas por el reverendo padre Gerónimo Feijoo...». La obra apareció en Madrid en 1744 y su reseña entra en las *Memorias* en el mes de enero del siguiente año de 1745.

No voy a entrar en el fondo de la cuestión, pero interesa recoger las expresiones de los redactores de Trévoux que formulan una verdadera profesión de fe y de conducta literaria en temas que se discutían al sur de los Pirineos. Comienzan, volviendo a su primera actitud de 1728: «Ce n'est

pas seulement en France, qu'on n'a pas été de l'avis du P. Feijoo, dont plusieurs Dissertations Critiques ont déjà paru dans nos Mémoires; il a même trouvé plus de contradicteurs dans sa patrie que partout ailleurs...» Planteado así el problema, se declaran neutrales en tales disputas: «Nous nous garderons bien d'entrer dans les guerres intestines, où les espagnols, accoutumés à s'échauffer beaucoup dans la dispute, vont quelquefois plus loin qu'il a une critique littéraire...». Tras esta declaración no les queda sino desear y esperar que «cette nation qui a produit de si grands hommes en tout genre d'érudition... se familiarise plus qu'elle n'a fait depuis quelque temps avec les bons auteurs de l'antiquité et se laissera plus guider pour la beauté de son génie que pour la vivacité de son imagination, elle fournira moins à la critique et critiquera plus sainement...» (p.156-enero 1745 MdT).

Hubieran deseado seguir -concluyen páginas adelante- el curso de esta guerrilla literaria, pero acaban de saber que el padre Aguirre ha muerto en este mismo enero de 1745 y en la flor de su edad... Era -se nos informa— hijo de los condes de Montehermoso...

Con este epitafio cierro mi pequeña disertación que se podría resumir en las dos líneas explicadas: Feijoo que se mantiene fiel a una línea de respeto y veneración frente a los jesuitas en general y a los jesuitas franceses en particular; y unos jesuitas que tras un silencio roto muy poco hábilmente un par de veces en los treinta primeros años de la publicación de las Memorias, tratan de reparar su descuido con un año, 1743, en que se multiplican menciones y alabanzas de Feijoo y de su obra; para volver a su actitud primitiva en ocasión del libro del jesuita español Javier Joaquín de Aguirre.

Universidad de Deusto
Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo CSIC